

prende porque es la palabra suprema del dolor, y el dolor es un idioma universal. Ese grito, el grito de la siguiriya, es desde luego uno de los instantes más altos, quizá el más alto, de toda la historia de la música vocal. Por lo demás, no hay un sólo instrumento musical inventado por el genio y la congoja de la especie humana capaz de reproducir, ni de imitar siquiera, a ese grito por siguiriya. Ese sonido es tal vez el momento más encarnizado de la historia de las músicas que los seres han inventado para contar la premura de su vieja desgracia. En ese grito se reúne de manera instantánea toda la herencia de dolor, de resistencia y de fatalidad que a nuestra especie le ha correspondido. Ese grito es el lucero del alba de la música y, a la vez, la huella dactilar de lo que ocurre en las entrañas de la especie. Ese grito es el fogonazo que ilumina toda la oscuridad del raro tránsito de esta rara especie. Ese grito es la incandescencia que rompe en dos mitades exactas la historia del dolor. Ese grito es la estocada que va certeramente desde el confín de la inocencia al confín de la adversidad. Ese grito es la venganza de la congoja. Algo eminentemente verdadero le sucede a la especie cuando suena ese grito. En ese grito, en fin, acuden juntos, desde la turbulencia de nuestras emociones, lo irreparable y el consuelo, el estrago y la confortación. Ese grito es un espejo en donde vemos el rostro resurrecto de nuestros antepasados enharinados en la eternidad del olvido y platicando con el rostro de nuestros descendientes, a quienes no conoceremos nunca y que no sabrán cómo éramos. Ese grito abrocha el vértigo del pasado y el vértigo del porvenir, un vértigo homogéneo dentro del cual nos sabemos presentes, momentáneos y abandonados. Ese grito abrocha trágica y primorosamente los bordes de la herida humana, la absolutamente incurable. Ese grito es por tanto algo parecido al pasillo que nos une con lo sagrado. Y ese pasillo está lleno de sangre. Y esa sangre es un espejo en donde vemos, entreverados, nuestro orgullo y nuestra humillación, nuestra resistencia a morir y nuestra finitud. Ese... Releo estos párrafos y compruebo que son dos las veces que he redactado la palabra espejo. Pienso: escribimos lo que queremos decir y, a veces, por fortuna, lo que deseamos decir: y ese deseo se manifiesta mediante las asociaciones mentales, por lo general inconscientes. La insistencia de esa palabra, espejo, quiere decirme algo: quiere recordarme algo. Es esto: en el año 1922 un poeta definió cómo era el grito de la siguiriya de un cantaor del siglo XIX. El poeta es Federico García Lorca. El cantaor, Silverio Franconetti. ¿Qué ocurría ante el grito de la siguiriya de Silverio? ¿Qué ocurría en aquel «hondo grito del siguiriyero»? García Lorca lo expone: «Los viejos/ dicen que se erizaban/ los cabellos/ y se abría el azogue/ de los espejos». En otro lugar he reflexionado sobre qué es un espejo con el azogue desordenado por las grietas. Ahora sólo quiero decir que daría algo importante para mí a cambio de que Federico García Lorca, Silverio Franconetti y los viejos que trasladaron aquella exacta información del uno al otro genio pudieran escuchar, todos juntos, este grito de la siguiriya que ha lanzado a rodar por el mundo Camarón de la Isla, el hijo de la Juana la Canastera, el niño que se distraía en la fragua donde trabajaba su padre, una fragua de San Fernando que estaba en la calle de la Amargura. Ahora y aquí

sólo quiero decir que la voz de José Monje era una voz forjada en la fragua de la amargura, en la fragua donde crepita el diccionario de la siguiriya. Su voz era una voz de siguiriya. Cantase lo que cantase, siempre la siguiriya asomaba una mano, y esa mano era una garra muy apretada para que no se derramase la lágrima que habita dentro. La voz de Camarón era un prodigio: era una voz de siguiriya. Cantase lo que cantase, sus cantes siempre se nos acercaban a la carne para darle calor y para que les diésemos calor. Aquella voz tenía el inmenso coraje del desvalimiento absoluto. La voz de Camarón era la voz de Su Majestad el Desamparo. El sonido a la vez feroz y desvalido de la siguiriya se había quedado a residir en las profundidades de José Monje. Por eso, todos sus cantes, al ser lamidos por su voz, amenazaban con ser siguiriya. Y de pronto, en un instante de su vida (ya había conocido una infancia derramada por los autobuses de Chiclana y de Cádiz cantando de limosna, ya había escuchado el martillo de su padre en el yunque de la fragua de la calle de la Amargura, ya había recorrido los bellísimos barrancos de música en las madrugadas de la Venta de Vargas, ya llevaba algún tiempo escuchando desde muy cerca la guitarra del más grande músico flamenco de la historia), de pronto, hacia los veinte años, gritó por siguiriya, y ese grito se quedó rebotando por los callejones de la vida para sobrevivirse, y ese grito nos demostró que aquel chiquillo lo sabía todo ya sobre la desventura. A partir de ese instante, de la constancia notarial del conocimiento del dolor, la vida de Camarón no tenía opciones. Tenía que ser lo que fue: un reguero de éxitos y de tribulaciones, engendrar unos niños, cantar flamenco, y disiparse emponzoñado en la maldición de las drogas. Creación y destrucción. La generosidad de su trabajo y el desmoronamiento de su vida. Enriquecer la vida con su arte y disolverse en la devastación. «Di tu palabra y rómpete». Se ha roto hace unos días y su palabra fue la palabra «ay». Su palabra fue un grito. El grito de la siguiriya. El grito que venía desde finales del siglo XVIII, cuando nació el flamenco (no es cierto: ese grito tenía milenios de edad, pero fue en el amanecer del flamenco cuando encontró por fin su forma), el grito que había pasado por la fragua donde trabajaba su padre y que más tarde se le pegó a los huesos cuando subía sin pagar a los autobuses de línea a cantar de limosna. Ese grito, finalmente, desde los abismos del corazón de José Monje Cruz, sonó para mostrarnos que lo mejor de todos nosotros es nuestra porción de desamparo y de marginación. José Monje Cruz murió para que no olvidemos que una porción de todos y cada uno de nosotros, allá en el fondo, permanece crucificada. ¡Mira que llamarse Cruz por la parte de madre!

★

En la Isla de León, después Isla de San Fernando, había una fragua en la calle de la Amargura. ¡Mira que estar viendo a su padre trabajar en la calle de la Amargura! Camarón de la Isla dedicó su vida al oficio español más abrazado a la amargura: el oficio del cante. En la voz de Camarón, la Pena tenía una longitud que daba la